

Mi sabático en Salamanca, España

María Eugenia Valdés Vega¹
Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa

Resumen

En este artículo ofrezco información y reflexiones de primera mano sobre el periodo sabático que se otorga a los profesores e investigadores en las instituciones de educación superior en México. Abordé este tema utilizando el enfoque autoetnográfico porque tengo interés en que se comprenda, a partir de mi propia experiencia, el tipo de trabajo que realizamos quienes nos ocupamos de las labores de docencia e investigación, y lo importante que es el sabático para nuestro buen desempeño académico. Asimismo, espero que sea útil para la comunidad académica, en especial los colegas jóvenes, el conocimiento acerca de lo que hice para que fuera posible la realización de mi periodo sabático en Salamanca, España, durante 2014: cubrir los requisitos institucionales, preparar mi viaje y la estancia allá, y conseguir los recursos suficientes para poderme dedicar por completo al estudio.

Palabras Clave: Sabático, estancia académica, experiencias

Meu Sabbat em Salamanca, Espanha

Resumo

Neste artigo, ofereço informações em primeira mão e reflexões sobre o período sabático concedido a professores e pesquisadores em instituições de ensino superior no México. Abordei este tema usando o enfoque autoetnográfico porque tenho interesse em que se compreenda, pela minha própria experiência, o tipo de trabalho que fazemos quem é responsável pelas tarefas de ensino e pesquisa, e quão importante é o período sabático para o nosso bom desempenho acadêmico. Da mesma forma, espero que seja útil para a comunidade acadêmica, especialmente para os jovens colegas, saber o que eu fiz para que meu período sabático em Salamanca, Espanha, fosse possível em 2014: para cobrir os requisitos institucionais, preparar minha viagem, ficar lá, e conseguir recursos suficientes para me dedicar completamente ao estudo.

Palavras Chave: Sabático, permanência acadêmica, experiência

My sabbatical leave in Salamanca, Spain

Abstract

This article is based on personal reflections and first-hand information obtained during my sabbatical leave, which all professors and researchers in Mexican universities are entitled to. I have used an autoethnographic approach, since I am interested in providing the public with information so that they can understand the type of work that people who are committed to teaching and researching, take on. As well I emphasize the importance of sabbatical leave or enhancing academic performance. Furthermore, I hope this article will be useful for the academic community, especially for younger colleagues, to become familiar with the steps I followed to make possible my sabbatical in Salamanca, Spain in 2014. These included: fulfillment of institutional requirements, travel preparations; programming my activities in Salamanca and securing sufficient resources to be able to devote myself completely to study.

Key words: Sabbatical leave, academic exchange, academic experiences.

¹ Dra. en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. vvme@xanum.uam.mx



Introducción

Una de las cuestiones que aprendí muy pronto en mi vida académica fue que los períodos sabáticos no son una concesión graciosa de las autoridades que dirigen las instituciones donde laboramos los profesores e investigadores, sino que forman parte de nuestras tareas y se constituyen en una necesidad vital para que sea posible mantener un buen desempeño en nuestro trabajo, por lo que vale la pena conocer acerca de ellos. Por lo anterior y tomando en cuenta que no existe una normatividad general al respecto, en este texto describo algunas de etapas del sabático que disfruté en 2014 y reflexiono sobre la estancia que realicé en Salamanca, España, con la idea de rescatar también algunas vivencias que experimenté al estar lejos de mi país, en la soledad y aislamiento que yo misma busqué para dedicarme por completo a la investigación.

El enfoque y los métodos de la autoetnografía son los adecuados para dar cuenta de la realidad que quiero dar a conocer. Si bien la consideración del mundo cualitativo no es nueva en las investigaciones propias de las ciencias sociales, sí lo es la utilización de información personal y autobiográfica en el abordaje de este tema específico. La autoetnografía permitió documentar mi experiencia con la esperanza de que pueda ser útil para la comunidad académica, especialmente los colegas jóvenes.

¡Me toca sabático!

Desde la carretera y en coche, a unos cuantos kilómetros, pero lejos todavía, Salamanca se veía hermosísima con la enorme catedral y los edificios medievales de su centro histórico resplandecientes y dorados bajo la luz del atardecer. Así fue como conocí esta ciudad de España a donde llegué por primera vez en 2002 para asistir a un congreso y (eso no lo sabía entonces), participar en la fundación de una nueva asociación académica. Doce años después, regresé para pasar una estancia sabática en su universidad, una las primeras que existieron en el mundo.

Fui allá de sabático por varios motivos. Primero, que me invitó Manuel Alcántara, un querido colega quien está al frente del grupo de investigación en el área de ciencia política de la Universidad de Salamanca, el cual pertenece a una red académica de varias instituciones donde también participa el cuerpo académico al que pertenezco en la UAM Iztapalapa. Mi estancia durante los meses de julio y agosto de 2014 en esa ciudad era parte del proyecto colectivo de la red y se financió parcialmente con sus recursos. Otro motivo fue que quería aprovechar la rica biblioteca que tiene esa universidad para estudiar los debates intelectuales sobre el pensamiento liberal durante los años iniciales de la transición española. Finalmente, fui a Salamanca porque quedé muy impresionada por su belleza la primera vez que la vi y deseaba conocerla mejor. Aun cuando solo ocupó dos meses de mi año sabático, la estancia en ese lugar fue fundamental en las labores que desarrollé durante el periodo.

Se me había otorgado un año completo de sabático porque habían pasado ya seis de arduas actividades académicas y necesitaba descansar de mis labores cotidianas realizando otro tipo de trabajo. Como sucede con la mayoría de los colegas que conozco, yo requería de más tiempo y condiciones más propicias para las tareas de investigación que debo cumplir junto con





las de docencia. Disfruto enormemente mis clases y estar en contacto directo con los estudiantes –seguramente por mi experiencia como maestra normalista en la juventud y por mi decidida vocación magisterial–, pero es la labor a la que dedico más tiempo y esfuerzos intelectuales. Muchas veces, la investigación queda relegada a un segundo término porque materialmente es imposible concentrarse en esa actividad por el peso de las obligaciones como profesora, de modo que entiendo perfectamente por qué en el lenguaje cotidiano de la vida universitaria se le llama “carga docente” a la impartición de cursos y la dirección de tesis, mientras que a nadie se le ocurre que la investigación sea una “carga” en ningún sentido.

A los ojos de la gente que me rodea y no tiene que ver con el trabajo –básicamente mi familia y mis vecinos– es difícil que se aprecie el cúmulo de tareas que debo realizar como profesora universitaria en cada trimestre escolar. Además de otros deberes a lo largo del año – participación en congresos, seminarios, conferencias o presentaciones de libros; en sínodos y jurados; en comités académicos y comisiones dictaminadoras, entre otros– que constituyen también mi mundo laboral, la preparación de los cursos implica leer nuevamente los textos que forman la bibliografía, o ir a las librerías de la Ciudad de México a buscar otros títulos y autores para incorporarlos en mi programa. Después sigue el desarrollo del curso a lo largo de veintidós sesiones en las cuales debo cubrir los objetivos del programa. Las clases son el centro de mi rutina diaria durante cada trimestre escolar y casi todo lo que hago gira en torno a ellas; al finalizar el curso se intensifica el trabajo con los exámenes y la lectura, corrección y evaluación de ensayos y avances de investigación de las tesis que dirijo en licenciatura y posgrado.

Ser profesora universitaria requiere de fuerza física, energía intelectual e incluso de recursos emocionales porque se establecen vínculos afectivos con los estudiantes en el proceso de enseñanza aprendizaje. La investigación, a la que también estoy obligada, es al mismo tiempo sustento y complemento de la docencia porque entre ambas se produce un intercambio muy enriquecedor de reflexiones y conocimientos. Por otra parte, investigar es casi siempre una tarea solitaria que sin embargo es muy grata para quien la realiza y tiene un indudable glamour que no tiene la docencia. Pero hay que dedicarle tiempo, mucho tiempo y concentración que es difícil armonizar con los deberes de la enseñanza.

Por eso es que el sábado es una necesidad y no una concesión graciosa. Al igual que mis colegas, sería imposible que yo funcionara bien si cada cierto tiempo no pudiera alejarme de la docencia para dedicarme a la investigación, entre otros quehaceres académicos.

En la UAM, los trabajadores académicos de tiempo completo tienen derecho a disfrutar de un año sabático después de cada seis años de labores ininterrumpidas al servicio de la universidad. El sabático –que si se cumplen determinados requisitos puede gozarse por seis meses cada tres años– consiste en separarse totalmente de la universidad con el objetivo explícito de que el profesor investigador, quien recibe su sueldo completo, realice fuera de ella las actividades académicas que considere convenientes.

Quiero resaltar que de ninguna manera se trata de un periodo vacacional y que está sujeto a las formalidades y especificaciones de un procedimiento institucional establecido para el sector académico. En mi caso, tal como en el de todos los profesores que reunían los requisitos para solicitarlo, esperé los tiempos fijados por la convocatoria para presentar un plan





de actividades que evaluó y aprobó el Consejo Académico (formado por colegas que realizan funciones de dirección académica y administrativa), ante quienes informé por escrito de las labores desarrolladas cuando finalizó mi sábado. Debido a los altos costos del viaje, solicité y obtuve recursos de la UAM (también mediante una convocatoria para ese fin). Fue así como pagué el boleto de avión y parte de los viáticos.

Además, recibí apoyo de mi cuerpo académico para pagar el alquiler del departamento donde viviría en Salamanca a Salvador, un profesor catalán que residía temporalmente en México. Faltaba solamente hacer las maletas para mi estancia académica que, hasta ese momento, ya había costado un montón de esfuerzo y dinero.

Los primeros días

A pesar de que al despedirme de mi hermana en el aeropuerto de la Ciudad de México yo estaba al borde del llanto –me dio un súbito ataque de miedo por la inseguridad que sentí ante el hecho de viajar lejos y por un tiempo largo con mis 64 años a cuestas–, el vuelo estuvo tranquilo y llegué a Madrid a la hora señalada. De allí partiría en tren hacia Salamanca, donde llegué al caer la tarde del día siguiente a mi salida de México y tomé un taxi para arribar al departamento donde viviría los dos meses siguientes. Para ello debí ponerme en contacto con una joven e inteligente colega salmantina que vive en un edificio exactamente enfrente del de Salvador para que me diera las llaves. Elena –así se llama esta profesora e investigadora del área académica que me invitaba– se convirtió desde entonces en la persona a quien recurriría constantemente para solucionar algunos problemas relacionados con el departamento, su funcionamiento, y muchos otros temas de la cotidianidad en esa ciudad que conoce muy bien pues nació y ha vivido en ella la mayor parte de su vida.

Cuando llegué al departamento estaba muy cansada, pero desempaqué y tomé un baño antes de salir a cenar en un sitio cercano ya que el edificio se localiza en uno de los extremos del Puente Romano, de gran atractivo turístico. Se trata de un lugar muy hermoso de la ciudad donde llevan a las novias y niñas que hacen su primera comunión para que sean retratadas ante ese espectacular escenario que recuerda el pasado de Salamanca. Este puente se hizo para atravesar el río Tormes, sí, el del famoso Lazarillo de la novela española cuyo autor sigue siendo un misterio literario. A pesar de que Elena no coincidió conmigo acerca de que nuestros departamentos se encuentran en una parte muy elegante de la ciudad –según ella es un lugar común y corriente y hasta se llama “Arrabal”, que significa barrio periférico y de gente pobre–, a mí me gustó mucho el entorno y me encantó ese puente que recorrí muchas veces caminando sobre sus viejas piedras. Pero esa discusión fue después, porque la primera noche fui a un restaurante cerquita del departamento y cené muy rico con una copa de vino; luego me fui a dormir para estar lista al otro día. Desde esa noche y a lo largo de toda mi estancia, dormí muy bien.

El primer lunes que pasé en Salamanca fui muy temprano al moderno *campus* de la universidad donde se ubican muchas de sus facultades e instalaciones, mientras que los antiguos edificios se hallan en el centro histórico. Me perdí un poco pero finalmente llegué a la Facultad de Derecho, localicé a Manuel y él me presentó algunos de los jóvenes profesores que constituyen el Área de Ciencia Política de esa facultad; luego fuimos a la cafetería para tomar





algo pues ya era mediodía. Cuando regresamos al cubículo de Manuel (allá le llaman “despacho”), nos informaron que acababa de abdicar el rey Juan Carlos I a favor de su hijo quien tres semanas después, el 19 de junio de 2014, ascendió al trono con el nombre de Felipe VI.

En España se sigue el modelo político británico; hay una monarquía parlamentaria en la cual el rey es jefe de Estado y una figura representativa que sin embargo no gobierna, tal como dijo claro y fuerte Manuel para tranquilizar a los profesores de su área ante la noticia de la abdicación. Pero yo sabía que se trataba de un acontecimiento muy importante cuya trascendencia iba más allá del país donde recién llegaba y, como para todos, para mí también fue una sorpresa. Los días subsecuentes fui testigo de cómo entre la población, principalmente los jóvenes, esta crisis política fue ocasión para que renacieran las aspiraciones republicanas, y esa misma noche hubo una concentración en la Plaza Mayor donde se oyeron voces pidiendo el fin de la monarquía surgida tras la muerte de Francisco Franco, el caudillo militar que encabezó la insurrección fascista contra el gobierno de la República española. Con el apoyo de Hitler y Mussolini, él y la ultraderecha española ganaron finalmente la guerra civil y establecieron una dictadura que duró más de 30 años, tras la cual hubo una transición democrática y la instauración de un nuevo régimen.

El interés por España tiene raíces muy profundas en mi vida ya que disfruto su comida siempre que puedo, admiro mucho su literatura y soy gran aficionada a todos los géneros de su música –desde la zarzuela hasta el cuplé, pasando por las jotas y las sevillanas–; además, el primer novio que tuve pertenecía a una familia anarquista que había huido de la represión franquista y buscó refugio en México. Pero no era solamente un interés romántico o cultural el mío, por supuesto que también estaba interesada en su proceso político pues a eso se debía mi estancia allí; además de avanzar en los proyectos que ya llevaba de México, yo iba a buscar los argumentos del debate sobre la economía, la sociedad y la política usados por intelectuales y académico durante la transición democrática española. Así que tenía un trabajo por desarrollar y no disponía de mucho tiempo para alcanzar los objetivos que me había trazado; era necesario comenzar de inmediato.

Lo que hice esos primeros días fue organizar mi espacio y mi tiempo para optimizar los recursos con los que contaba. Ahora me da un poco de vergüenza aceptar que efectivamente puedo ser muy rígida, pero en realidad estoy satisfecha con el sentido práctico que guio mi estancia en Salamanca ya que fue muy productivo para el trabajo que debía hacer. Establecí rigurosos horarios para mis actividades cotidianas y, así, después del baño y arreglo personal, dediqué las horas de la mañana al trabajo en el cubículo –que generosamente compartió conmigo Mercedes, otra de las colegas- o en la espléndida biblioteca que tiene la universidad para las facultades de ciencias sociales, y lo suspendía a las dos de la tarde; después de comer, me recostaba un rato y luego leía o escribía para avanzar en mi trabajo hasta que, cansada, salía a dar un paseo a los alrededores y luego regresaba a ver alguna película.

Debo decir que tengo sentimientos encontrados respecto al profesor que me rentó su departamento y quien, por lo tanto, se convirtió en mi arrendador. Por un lado, estoy profundamente agradecida con Salvador porque dejó disponible parte importante de su biblioteca con libros que pude consultar y fueron muy útiles para la ponencia que presentaría en el seminario organizado por mi red académica para la primera semana de julio, a un mes de mi





estancia. Su acervo sobre sociedad civil y movimientos sociales es realmente excelente. Por otro lado, sin embargo, no me advirtió que estaban suspendidos los servicios de teléfono, internet y de televisión, por lo que me encontré de repente incomunicada en el departamento. Debía buscar información y entretenimiento fuera de él, de tal suerte que para seguir el campeonato mundial de futbol, enterarme de las noticias o descansar viendo un buen programa de TV tuve que salir a otro lado, o bien cubrir algunas de esas necesidades de comunicación con un pequeñísimo radio portátil de pilas que llevé y fue mi compañero en algunos momentos de soledad.

Descubrí que mi encierro solitario para trabajar se remonta a muchos años atrás y es parte intrínseca de la forma en que vivo, así que no me costó mucho adaptarme a ello aun cuando me encontrara al otro lado del mundo. Pero sí eché de menos –muchísimo– el contacto con mi familia y mis amistades. Todos los días, se volvió una tarea más, y fundamental para mí, la revisión de los mensajes en el correo electrónico, y fue muy desesperante la diferencia de horarios porque yo percibía que la gente más querida no me respondía los mensajes tan pronto como lo esperaba. Fue una lástima que el servicio de WhatsApp fuera accesible para mí hasta fin de año. Mi tiempo libre, entonces, transcurrió entre los paseos y caminatas por la ciudad, y las películas que pude ver en la tele de Salvador ya que no tenía señal pero estaba conectada a un aparato DVD donde reproduje todas las que él tenía y luego las muchas que compré en los puestos de periódico de la Plaza Mayor, me imagino que piratas todas ellas porque la tecnología ya había eliminado los negocios para rentarlas, como pasaría poco después en México. También leí cuidadosamente cada domingo el periódico *El País* para entender mejor el entorno en el que me hallaba, e hice muchas lecturas que había pospuesto y para las cuales no habría tenido tiempo si no fuera por el sábado.

Añado a esta relación un conjunto de actividades que no eran académicas pero, en un periodo de tantos esfuerzos intelectuales en el que me hacían falta momentos de diversión, fueron muy gratas para mí. Durante los atardeceres, mi vecina y colega Elena tenía por costumbre pasear a su pequeña hija en un jardín junto al Puente Romano, y allí se encontraba con varias amigas suyas, jóvenes madres igual que ella, que asimismo dedicaban el final del día para estar con sus bebés. Me invitó varias veces y aunque resultaba muy extraño para mí escuchar sus problemáticas maternas y de pareja, pasé buenos momentos y el contacto inesperado con ese grupo me sirvió de descanso. Con ellas, sus maridos y sus niños vi el juego de futbol en el que la selección española perdió el campeonato mundial de futbol, en un restaurante desconocido para los turistas donde comí varias delicias de la gastronomía local, una rica morcilla dulce entre ellas.

Hasta luego, Salamanca

Al mes de mi estancia llegaron a Salamanca mis compañeros de área y otros colegas de nuestra red académica para participar en un seminario que habíamos planeado varios meses antes, y al cual estaba destinada la ponencia que había elaborado en ese lapso. Fue una experiencia muy grata verlos a todos juntos y estar con ellos en las presentaciones y discusión de los trabajos; esa reunión de investigadores, fruto de un proyecto colectivo que había merecido ser financiado por varias instituciones, fue una parte muy importante de mi estancia en España. Durante la semana que estuvieron allá, disfruté de la compañía de mis colegas y compartí con ellos no solo el trabajo sino los espacios de convivencia que se organizaron por su visita y que





incluyeron, además de varias reuniones sociales para comer, beber y festejar el encuentro, un paseo a la cercana y bella ciudad de Ávila, donde recorrimos su museo. Fue una semana muy feliz porque de verdad que ya me estaba dando la nostalgia.

Cuando se fueron, concentré mis esfuerzos en terminar de leer, seleccionar y fotocopiar primero y luego archivar electrónicamente los artículos de una revista clave para mi proyecto sobre el debate en la transición española. Excepto el último paso consistente en guardar en una memoria móvil las fotocopias que había hecho, todo se hizo en el edificio de la biblioteca y debo reconocer la ayuda que recibí allí del personal de apoyo. Una vez más comprobé que sin las secretarías, expertos en cómputo, bibliotecarios y en general los trabajadores técnicos, manuales y administrativos, las universidades no funcionarían debidamente y su trabajo es indispensable para el que realizamos los profesores e investigadores, quienes somos sus deudores. Las últimas semanas dediqué las tardes y parte de las noches a corregir lo que ya había escrito, leer y fichar las lecturas que me faltaban de la biblioteca de Salvador y leer, por placer, las novelas que había comprado en la sucursal salmantina de la famosa tienda El Corte Inglés.

Este recuento de mis actividades me hace recordar que allá Manuel se burlaba un poco de mí diciendo que parecía espartana, pero parte del propósito que me llevó a narrar esta experiencia fue mostrar lo dura y pesada que puede ser la investigación, aunque siempre sea fascinante, si a una le gusta.

No abundaré más. Hay muchísimas cosas que no puedo incluir en este texto –por ejemplo, los contactos que establecí con profesores especializados en medios de comunicación, en su mayoría mujeres muy jóvenes, con quienes estoy muy agradecida por lo que aportaron a mis estudios– pero deseo terminarlo con una reflexión sobre las experiencias y enseñanzas que obtuve de este viaje.

Quiero resaltar en primer lugar el aprendizaje de vivir en una ciudad completamente distinta de la capital mexicana en casi todos los aspectos, pero en la cual hallé similitudes entre el ambiente académico del área que me invitó con el que existe en la mía, en la UAM, similitudes que creo pueden encontrarse en muchas de las instituciones de educación superior y centros de investigación en otras partes del mundo. Esto hizo que no me sintiera ajena los quehaceres y preocupaciones de mis colegas de Salamanca aun cuando provenía de un país tan lejano como México. Otra experiencia novedosa y que se relaciona con la anterior fue la rápida adaptación que tuve al ritmo y las rutinas del trabajo y, aunque menor, la relativa facilidad para establecer contacto con los colegas jóvenes. Cuando estaba a punto de despedirme, caí en cuenta que hablar el mismo idioma había ayudado mucho a todo esto porque por diferentes que sean Salamanca y la Ciudad de México, están unidas por la lengua de Cervantes.